

DE ANNUAL A FONTAINEBLEAU, A TRAVÉS DE LAS PALABRAS DEL PADRE REVILLA.—EL FRAILE AVIADOR

INICIAL

DESDE hace ya unos cuantos años, tal vez por el recuerdo de sus heroicas gestas en la entonces inhospitalaria africana tierra que al tiempo mismo de ser acaecidas, impresionaron profundamente mi calenturienta imaginación de muchacho, mantengo una amistad franca y desinteresada con el Padre Revilla.

A raíz del desastre de Annual, la figura del Padre Revilla se colocó de pronto en los primeros planos de la actualidad. Ni antes ni después ha gozado español alguno de la adhesión sincera, del fervor popular, de la admiración franca y unánime que acompañó al ilustre franciscano capuchino en todas sus andanzas marroquíes. Fué algo milagroso, providencial, que quien lo desee podrá evidenciar hasta la saciedad con solamente repasar las colecciones de revistas y periódicos de aquellos días trágicamente inolvidables.

Por encima de los fantasmas de millares de muertos; por sobre el clamor de la juventud española, que abandonaba las posiciones ante la avalancha del enemigo ensoberbecido; de entre el fragor de la espantosa derrota y de la triste odisea de los prisioneros, surgió como un iris de amor el espíritu franciscano, el alma inmaculada del Padre Revilla, para poner una nota de esperanza y de abnegación en la noche cerrada y tormentosa del espantoso desastre.

Don Eloy Gallego Escribano, hoy fray Emiliano María de Revilla, que antes de consagrarse

se al servicio de Dios había abrazado la carrera de las Armas y lucido en las bocamangas de su uniforme las estrellas de capitán, apenas tuvo conocimiento del desastre de Annual, sintiendo en las entrañas el dolor de la catástrofe, se trasladó en avión desde Burgos a Madrid, tomó aquí el primer tren y desembarcó en Melilla al mismo tiempo que las primeras tropas expedicionarias.

Fué capellán del Tercio, y blandiendo un Crucifijo, caminando en vanguardia sin temor al peligro, jaloneó con su presencia todos los avances de la reconquista.

Caído Monte-Arruit, cuando ya nada podía hacerse por los que habían sobrevivido a la espantosa consumación de la catástrofe, el insigne fraile burgalés, en cuya alma generosa ardían elevados instintos de caridad fraterna, echó sobre sus espaldas la difícil misión de enterrar a los muertos.

Más de diez mil había desnudos, insepultos, momificados, en la calle de la Amargura, que, teniendo su punto de iniciación en Nador, no alcanzaba la cima del Calvario hasta Monte Arruit e Igueriben.

Tras la recogida minuciosa, que ponía pavor en el ánimo de los más fuertes y valerosos, bendecidos por él, todos los cadáveres quedaron, poco tiempo después, descansando para siempre en la inmensa fosa común que preside una cruz, pretendiendo abrazar a todos los héroes y a todos los mártires de aquella jornada, con la infinita misericordia de sus brazos.

En el incesante batallar de su espíritu por la reivindicación humana, siguiendo la trillada senda trazada por el Mártir del Gólgota, y que en su existencia andariega habían ya recorrido el *poverello* de Asís y la mística doctora Teresa de Jesús, entendiéndolo que uno de los principales deberes que le incumbían como miembro de la Orden franciscana era la redención de cautivos, venciendo los miles de peligros que obstruían su camino, exponiendo su vida a cada paso, logró llegar hasta el rincón de Alhucemas—infranqueable entonces—, donde los prisioneros gemían, y ser recibido por Abd-el-Krim, y hasta concertar las condiciones del rescate.

En la culminación de su heroísmo, de su locura santa, el nombre del Padre Revilla atravesó mares y fronteras ungido con la aureola de la más entusiasta popularidad. Pero la malicia y la envidia rondaban, y, transcurrido algún tiempo, reintegrados a sus hogares los prisioneros que pudieron resistir las privaciones y los malos tratos del cautiverio, en marcha ya la Dictadura primorriverista, el anteriormente tenido por santo fué eclipsado más tarde por las ruindades e insanas influencias puestas en juego por los detractores de toda su labor noble, de toda su obra útil y regeneradora. ¡Contra ella fueron concentrándose los odios de los poderosos, las ambiciones de los descontentos, las antipatías de los descreídos, la envidia de los fracasados.

Ante la confabulación, ante las presiones de aquellos a quienes convenía que su voz, ¡que tantas cosas podría



He aquí la brava estampa franciscana de este fraile rebelde y andariego, paisano del Cid

revelar!, permaneciese callada mientras se hurtaba al país el proceso de las responsabilidades, perseguido, hostigado desde las más altas cumbres del Poder y de la Iglesia, el nombre un día venerado del heroico capellán del Tercio pareció darse al olvido, empero, para dedicar sus actividades a otras empresas sociales, en las que ha logrado dar con la verdad, superándose al tiempo y al espacio, para lanzar, como verá el lector, este formidable alegato acusatorio, que luego de haber-enunciado con su lengua ratificará con la pluma.

LA ÚLTIMA AVENTURA

El Padre Revilla, espíritu aventurero, abandonando de cuando en cuando su apacible convento salamanquino, acuciado por espirituales inquietudes, para proseguir sus predicaciones de propaganda social y agraria, del mismo modo que hace años a través de la ensangrentada zona española de Marruecos, emprende un lento peregrinar por los pueblos españoles, tan necesitados de ayuda, y tras ver cristalizados los frutos de su predicación en instituciones benéficas, centros docentes, bibliotecas municipales, cooperativas, etc., antes de reintegrarse a la quietud del claustro, recalca en Madrid, donde innumerables personas se honran con su amistad, gozan de su charla amena, saben de sus ansias de democracia y de renovación social, tan franciscanas a fuerza de ser tan rebeldes.

En los últimos meses, la ausencia del célebre monje duró más de la cuenta. Iba ya a coger la pluma, dispuesto a dirigirme al superior de su convento, inquiriendo acerca de la suerte de mi ilustre amigo, cuando he aquí que, de pronto, sin que le precediera ninguna misiva que pudiera haber hecho de heraldo de su arribo, se plantó la otra mañana frente a la mesa de mi despacho.

Venía remozado, alegre, optimista. Vestía de paisano—traje azul con cuello y corbata—, y calzaba unas negras botas limpias y lustrosas. De su cabeza, consagrada por todos los ritos sacerdotales, había desaparecido la tonsura. Nadie que no estuviera en los secretos de su intimidad hubiese reconocido en él al eremita parvo y austero; al caballero que refugió las espe-



El Padre Revilla, acompañado de nuestro colaborador José Rico de Estasén